



José Santos Herceg,
*Lugares espectrales. Topología testimonial
de la prisión política en Chile*

(Santiago de Chile, Editorial USACH, 2019, 293 pp.
ISBN 978-956-303-414-1)

por Giulio Musso

Lugares espectrales. Topología testimonial de la prisión política en Chile (2019) de José Santos Herceg examina las representaciones discursivas y narrativas, en los testimonios poco difundidos de las víctimas, de los centros clandestinos donde “se detuvo, torturó, interrogó, asesinó e hizo desaparecer personas” (12) durante la dictadura chilena de los años Setenta.

En una especie de productiva paradoja, uno de los objetivos (y resultados) de este impresionante y poderoso trabajo es dar literalmente cuerpo y tangibilidad a una experiencia histórica intrínsecamente fantasmal, dada su naturaleza secreta y clandestina, tratando de devolver la dimensión sensorial, material y física en la que ocurrieron crímenes y horrores ocultos, a través del análisis de textos en su mayoría desconocidos, que se convierten también en entidades auténticamente espectrales precisamente debido a su –hablando de lugares– ‘no habitar’ el espacio del canon literario y extra-literario, o más bien de ocupar una posición menor en el campo testimonial chileno, sometidos a restricciones por ser una “presencia incómoda para el relato oficial” (10).

I raccomandati/Los recomendados/Les recommandés/Highly recommended

N. 30 – 11/2023

ISSN 2035-7680 CC licensing BY-SA 4.0



La condición de espectralidad atraviesa todos los elementos de esta reconstrucción: no solo el objeto principal del libro, sino también el precario estatus ontológico de las propias voces de los desaparecidos sobrevivientes excluidos, en un Chile neoliberal y aparentemente reparado, del 'mercado de la memoria'. Un hecho, por lo tanto, no ocurre si no hay una voz que lo cuenta, ni un lugar donde ha ocurrido (69).

Utilizando herramientas multidisciplinares (historia, filosofía, literatura, arqueología, arquitectura, antropología, psicología), en el marco de una minuciosa y detallada categorización de los lugares de represión, de los cuales se subraya –como también se desprende de una lectura atenta de los testimonios– su absoluta centralidad en la “experiencia de la prisión y la tortura” (17), estos lugares son analizados según un principio que va mucho más allá de una simple disposición cartográfica y que se centra en la génesis, evolución y ontología trágicamente particular de dichos lugares, caracterizados por su precariedad, transitoriedad, superposición y una resistencia residual pero aún presente.

A través de la investigación topogenética comprendemos, por ejemplo, cómo la dictadura atentó contra la dignidad de los lugares relacionados con la identidad y el sentido de ciudadanía individual y colectiva, cómo se valió en secreto de espacios efímeros, adecuados en edificios ya existentes o construidos desde cero y luego destruidos, y cómo la eficiente estructura clandestina de represión, que aprovechó un sólido aparato censorio-propagandístico y la consciente miopía de la colectividad, logró imponer una persistente incertidumbre sobre su realidad efectiva.

En otra vertiginosa y excepcional paradoja, de hecho, es la crucial verdad literaria del testimonio, es decir, la “existencia narrativa” (61) de los eventos y sus escenarios “que solo sobreviven en el relato” (62), lo que se opone a los datos de realidad artificiales que han tendido y tienden a la supresión. Lo que activa, consecuentemente, otra aporía evidente de estos “lugares sin lugar” (68), es el hecho de que “los centros clandestinos existen en la manera de su propia ausencia” (69). Una ausencia que tiene que ver también con el propio lenguaje, en la imposibilidad de los testigos de nombrar y definir –excepto caóticamente, o refiriéndose al referente histórico-cultural más inmediato del Holocausto y los campos de concentración nazis– la tipología precisa de los lugares atravesados y, en muchos casos, incluso su propio nombre, en la ignorancia de su ubicación exacta que dura décadas: “¿Cómo podremos tener certeza de que algo existe si no se le puede nombrar?” (89).

El ensayo también demuestra que los espacios de represión son espectrales en la medida en que son transitorios, ya que, en la experiencia de la prisión política chilena, se configuran como etapas de viaje, hechas de continuos desplazamientos, según una planificación precisa. Sorprendentemente, a pesar del concepto de detención, los prisioneros en realidad “permanecían en movimiento, de hecho, no dejaban de desplazarse –de ser desplazados– de un lugar a otro. Fueron verdaderos nómadas. [...] ‘Larga era la caravana humana que en 1973 y 1974 recorrió, casi Chile entero, en autobús, avión, barco, tren, a pie, para ser huésped de cuanto campo de concentración’” (115-116). A través del análisis minucioso del lenguaje y la semántica de los textos que distingue el trabajo del autor, el viaje de los prisioneros, desde el secuestro hasta la liberación, se presenta con el filtro de los *topoi*, propios de experiencias humanas



trágicamente universales y/o trágicamente épicas, aprendidos de la literatura (Dante, Homero, narrativa de horror): tanto Herceg como los testigos hablan de “periplo”, “catabasis”, “anábasis”, “calvario”, “círculos infernales”, “portales dimensionales”. También en términos propiamente literarios, podemos observar algunos aspectos del texto testimonial como una operación de ‘espectralización’, como la ‘monstrificación’ por asociación (el subsuelo de la tortura se convierte en un doble del infierno) de una experiencia que, de otro modo, carecería de nombres y palabras posibles.

Estos lugares, por otro lado, son espectrales no solo porque son transitorios, sino principalmente porque en su mayoría han desaparecido, pero continúan existiendo. Tener éxito en su localización, por ejemplo, implica una primera forma de resistencia frente a la sustitución o destrucción. El ensayo dedica una parte a descubrir cómo muchos de los centros clandestinos han desaparecido o casi desaparecido (aislados, ocultos, simulados, sustituidos, resignificados, retroconvertidos), y cómo se producen superposiciones irremediables: aquí hay un Santiago aparentemente real y otro fantasmal, con sus edificios demolidos o en pie, infestados de horror y habitados de las formas más inimaginables. La desaparición de los lugares (epistemológica, sensorial u ontológica) no es casual, sino que ha ocurrido según una planificación, o por falta de responsabilidad del Estado, contra la cual el autor –que hace de su estudio un acto de compromiso político y denuncia– señala sin rodeos: olvidar, descuidar, sustituir los lugares (así como aceptar la desaparición definitiva de los cuerpos que los han atravesado) es un atentado intencional a la historia y la memoria, un intento de “extirpar la realidad” (188). Dar cuenta de la vida espectral de los lugares olvidados o reconstruidos –que continúa como tal después de su uso a pesar del intento de borramiento por parte de una historia oficial de la nación basada en una “política de múltiples silencios” (204) y en un concepto de sociedad que también ha desaparecido– significa, en última instancia, hacer que el texto funcione como un dispositivo extraordinario de contrapunto histórico, dirigido hacia un firme llamado a la justicia, “nada más, pero tampoco nada menos” (269), citando el comienzo de una de las obras examinadas. Por otro lado, el texto también estudia las formas de persistencia intrínseca o resistente de los propios lugares, que son recuperables y reconocibles gracias a una “arqueología de la represión y la violencia política” (188) que se enfoca precisamente en los lugares, objetos y tecnologías del poder, y por supuesto, a sus representaciones:

Los testimonios mismos, estos textos escritos por quienes estuvieron prisioneros, constituyen, en definitiva, una vía privilegiada a través de la cual subsisten los centros de detención y tortura. Los relatos de experiencias que no dejan de aparecer, que son publicados hasta hoy, insisten porfiadamente en sostener en el ser a estos lugares que se van diluyendo en la nada de la desaparición. (234)

Decidiendo utilizar ejemplos paradigmáticos, funcionales para una precisa reconstrucción de acuerdo con el enfoque de análisis en cuestión, sin detenerse pornográficamente en los detalles escabrosos, Santos Herceg logra hacer mucho más de lo anunciado en la introducción. Su análisis, que aparentemente excede en el ámbito taxonómico, permite aproximarse exhaustivamente a la experiencia general de la prisión política o desaparición, en sus características destacadas y compartidas, en sus



constant: el desplazamiento, el “traslado permanente”, la incertidumbre, la animalización o cosificación, la desmesura, la repetición, la espera, el miedo, la soledad, el regreso, el exilio, la desconexión de la realidad, la constante presencia de la muerte. En otras palabras, a pesar de la especificidad del tema, la profundidad de la observación hace que los textos examinados sean piezas de un gran relato colectivo que no son simplemente hechos desnudos, sino que se apoyan en los aspectos emocionales de la experiencia como la mejor medida para tratar de activar una comprensión más sofisticada del trauma de la “catástrofe nacional” (271) y convocar la necesidad de un impacto transformador en la identidad y la conciencia histórica colectiva. Al transformar “todo el territorio en un lugar de vigilancia, detención, control, miedo” (161) y tortura, la dictadura de los años Setenta hizo que la espectralidad siguiera impregnando hoy en día la geografía y la historia de todo un país: los elementos de verdad aportados por el texto, de hecho, “funcionan como faros que anuncian a los navegantes de la memoria la existencia de un territorio que la oscuridad del olvido no deja ver” (243).

Giulio Musso

Università degli Studi di Padova

giulio.musso@phd.unipd.it

I raccomandati/Los recomendados/Les recommandés/Highly recommended

N. 30 – 11/2023

ISSN 2035-7680 CC licensing BY-SA 4.0